

Por dentro, la majestuosa sala, decorada en rosa pálido, parecía ganar en tono, subiendo su color hasta ese que ilumina las fragantes mejillas campesinas. El «todo» Buenos Aires estaba allí, y estaba también «toda» España, y el Colón estaba hasta los topes, con gente de pie en los pasillos, cosa absolutamente prohibida, excepto en los días de las fiestas patrias. La dirección del teatro argentino comprendió justamente el significado de la fecha, porque la actuación de nuestras muchachas iba a constituir una verdadera fiesta nacional.

Las acompañé desde el barco al escenario. Salvo la guardia, nadie quedaba a bordo del «Monte Albertia». El capitán y los oficiales de punta en blanco, despidieron a las chicas para largarse, más impacientes que nadie, a ocupar un palco a ellos reservado. La marinería hizo tres cuartos de lo mismo, y algunos de ellos prefirieron llegarse al teatro en compañía de los once grupos. A nadie le extrañará si confieso que, cercana ya la hora suprema, se notaban ciertos nervios, y que las fronteras entre el apabullamiento y la exaltación, se saltaban a pies juntillas. El coro y el «ballet» profesional del teatro Colón recibieron a nuestras danzarinas con hermosos ramos de rosas sujetos por cintas bicolores: expresaban así su gentil augurio. En días anteriores la directora del «ballet» no ocultó su admiración, tanto por la disciplina y el ajuste de las danzas, como por la sencillez —digamos elegante y casta— con que se baila en los cuatro puntos cardinales y populares de España. El gran escenario, ya dispuesto para empezar, impresionaba. Se cuchicheaba, como en la iglesia. No llegaron a media docena las sacrílegas que se atrevieron a cruzar aquel fabuloso Sáhara que se extendía entre el telón de boca y el de fondo, todo de una tela con rico color de plata. En la vastedad del escenario se alzaban, como un

oasis, los arcos enguinaldados de las romerías. Pero la media docena de sacrílegas pegó el ojo a la mirilla del telón y trajo a las demás el primer optimista aliento de la sala. Iban a comenzar el recital. En el puente los luminotécnicos empezaban sus manipulaciones. Llegaba desde fuera ese liviano crujido del acomodo, la tos que preludia, y Maruja Sampelayo, desde su puesto de mando, instalado en una silla cercana al extremo derecho de la batería, dió la señal. Entonces se santiguaron todas. Se adelantó el primer grupo y yo me largué hacia la platea donde estaban Lula y Vicky. Batí todos los *records* de velocidad. Cuando ocupé mi silla todavía no había terminado el movimiento del telón.

—¿Qué tal por ahí dentro?

Ponderé con el gesto, y Poch Ochoa y De Miguel comulgaron en mi parte de serenidad. Inventarí personalidades. El ministro del Interior, el intendente municipal, el Cuerpo Diplomático casi en pleno, el presidente del Consejo Económico, don Miguel Miranda, rodeado de todos sus nietos, listo ya para sorber nostalgias con los aires de «Muntanyas del Canigó»; y, por supuesto, los condes de Motrico, que aquella vez tenían el aire noble de un alcalde y una alcaldesa castellanos en día de gran fiesta, de fiesta mayor. ¿No se oían cohetes? Pues no; pero al aparecer el primer grupo sonaron los primeros aplausos. Los cinco de mi platea respiramos satisfechos. En aquel momento todos los trabajos pasados se recordaban como cosas ligeras, entretenidas, logradas sin esfuerzo. Pasa siempre. Un viento campestre, frugal y jubiloso, cruzaba por la sala, se remontaba hasta los techos. Al día siguiente comentaría *La Prensa*, quizá bien a su pesar: «Esto nada tiene que ver con los espectáculos españoles ofrecidos corrientemente. Su gracia y su fres-